



Igual que a los hijos del Zebedeo, hoy Jesús nos lanza la misma pregunta: "¿Podrán beber el cáliz que yo he de beber?". Para quienes estamos acostumbrados a escuchar los relatos de la Pasión, inmediatamente viene a nuestra memoria la oración de Jesús en el huerto de los Olivos: "Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya".

El camino que recorre Jesús no es fácil. Él mismo tiene sus momentos fuertes de dolor, de duda, de hacerse fuerza para cumplir la voluntad del Padre. Los discípulos vislumbran otros intereses y esperan otras recompensas: primeros lugares, recuperación de bienes, compensación por el tiempo entregado. También nosotros somos hijos de nuestro tiempo y nos sentimos jalonados por los mismos intereses de nuestro mundo.

La ambición y la lucha por los primeros lugares se han tornado como el objetivo de muchas gentes y nos contagiamos fácilmente de esta ambición y de la ley de la selva: la ley del más fuerte. Y no es que Cristo nos quiera indiferentes o apáticos, pero nos enseña que no se puede tiranizar a las personas con tal de obtener nosotros nuestros propósitos. Sus palabras están respaldadas por su ejemplo: "El que quiera ser grande, que sea el que los sirva".

Él se ha entregado al servicio y por eso anuncia por tercera vez su pasión y muerte. No es el anuncio sólo de la entrega, sino también de la resurrección y de la esperanza. El servicio pasa siempre por el reconocimiento del otro como persona, de su valoración en su dignidad, del respeto como a hijo de Dios. No es el servicio vendido y comercial que ofrecen los grandes almacenes para enganchar al cliente, sino el servicio al estilo de Jesús que descubre en cada hombre y mujer un hijo amado de Dios su Padre, es el servicio gratuito y desinteresado.

Servir así da vida. Es cierto que cuesta, pero tiene sentido. Que estos días de cuaresma también nosotros podamos servir, dar vida, dar esperanza a quienes nos rodean, y hacerlo gratuita y desinteresadamente.